

QUERIDA EMMIE BLUE

QUERIDA EMMIE BLUE

LIA LOUIS

Título original: *Dear Emmie Blue*

© 2020, Lia Louis

Traducción: Adriana Molinari

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño / Daniel Bolívar

Fotografía de la autora: © Patick Harbourn

Derechos reservados

© 2020, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: septiembre de 2020

ISBN: 978-607-07-7140-8

Primera edición impresa en México: septiembre de 2020

ISBN: 978-607-07-7136-1

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso y hecho en México - *Printed and made in Mexico*

1

Estaba lista, más que lista para que me lo pidiera. Estaba tan lista que casi resplandecía; aunque ahora imagino que tenía las mejillas tan sonrojadas que parecía uno de esos niños callejeros de las novelas de Charles Dickens, un jitomate animado. Hacía apenas cinco minutos todo era perfecto y *perfecto* no es una palabra que acostumbre a usar, pues nada, sin importar qué tan maravilloso sea —las personas, los besos, los sándwiches con tocino—, es realmente perfecto. Pero esto lo era. El restaurante, la mesa a la luz de las velas, la playa a un lado de la terraza y el suave arrullo de las olas; el vino que sabía tan parecido a aquel que tomamos hace nueve años, la noche que festejamos nuestro vigésimo primer cumpleaños, y cuyo nombre no logramos recordar; las luces enredadas en las columnas del quiosco en el que estábamos sentados; la brisa del mar. Hasta mi cabello se había acomodado a la perfección por primera vez desde, bueno, la única vez que lo hizo, que de seguro fue en la época en la que oía música en un Walkman y estaba convencida de que Jon Bon Jovi se tomaría unas vacaciones en Ramsgate, se encontraría conmigo y me invitaría a comer hamburguesas y papas en Wimpy. Y Lucas. Por supuesto: Lucas; pero él siempre luce lo más cercano posible a la perfección. Ahora cierro los ojos, con la palma de la mano sobre la frente, las rodillas apoyadas en los azulejos del frío piso del baño y pienso en él allá afuera. Hermoso, con ese estilo tan británico que

lo caracteriza. La piel ligeramente bronceada por el sol francés. La impecable camisa blanca, planchada y con el cuello abierto. Cuando llegamos, hace un par de horas, y de inmediato ordenamos vino y dos entradas para compartir, lo miré desde el otro lado de la mesa e imaginé cómo nos verían los demás comensales, con la puesta de sol de fondo. ¿Quiénes seríamos nosotros para aquellos desconocidos, vagas siluetas que nos miraban mientras deambulaban por la arena, los zapatos colgando de sus dedos, al otro lado de la terraza en la que estábamos sentados? Supongo que parecíamos destinados a estar juntos. Parecíamos una pareja feliz cenando en la playa; un aniversario, quizá; alguna celebración. Una noche romántica, lejos de los niños. Dos personas. Un chico, una chica.

—Estoy nervioso, Em —comenzó a decir Lucas con una risita, las manos inquietas sobre la mesa, moviendo sin parar el anillo en su dedo índice—, por lo que voy a preguntarte.

Y en ese momento, en esa mesa, en este restaurante —en cuyo baño ahora estoy escondida—, sentí que estaba más lista y segura de lo que había estado jamás en mi vida. Lista y a la espera de contestar que sí. Había planeado incluso cómo lo diría, aunque Rosie opinaba que, si ensayaba demasiado, sonaría forzado y daría la impresión de no querer decir que sí. «Y esa es la única noche en la que no debes ponerte a divagar como si un loco estuviera apuntándote con una pistola, Emmie. Porque a veces lo haces, ¿sabes? Cuando estás nerviosa». Pero sí practiqué un poco, en mi cabeza, en el ferri de camino hacia acá. Planeaba responder algo dulce, ingenioso, como: «¿Por qué tardaste tanto, Lucas Moreau? Nada me haría más feliz». Y él me apretaría la mano por encima de la mesa —encima del mantel de encaje que Le Rivage pone en cada una de sus pequeñas mesas redondas desde que comenzamos a venir aquí— y, al salir, de camino a casa, caminaríamos por la playa, Lucas se detendría, como siempre, a mostrarme el lugar en el que encontró mi globo hace ya muchos años. También estaba segura de que me besaría. En su

auto, probablemente se detendría, se inclinaría, vacilante, para besarme, tomándome la barbilla con un dedo y el pulgar. Lucas me besaría por primera vez en catorce años, un beso con sabor a mejillones a la marinera y a las pequeñas mentas envueltas en papel dorado que dejan en la bandejita con la cuenta y, por fin, yo podría respirar. Porque todo habría valido la pena. Catorce años de amistad y seis de guardarme lo que en realidad sentía, y al fin podría cerrar el ciclo.

Al menos eso era lo que esperaba. No esto. No esperaba terminar aquí, marchita en este baño, en una noche perfecta, en nuestro restaurante perfecto, en nuestra playa perfecta, después de una cena perfecta —que ahora me mira, masticada y regurgitada, desde la taza del baño del restaurante, como la versión impresionista de «un desastre devastador»—. Esperaba decirle que sí. Hacía unos minutos, esperaba —lo practiqué; tenía la respuesta perfecta en la punta de la lengua; con la espalda erguida y los ojos llenos de estrellas— decirle que sí, pasar de ser los mejores y más antiguos amigos a ser novios. Una pareja. Una noche antes de que ambos cumpliéramos treinta. ¿Qué otra cosa querría preguntarme Lucas que no pudiera plantearme por teléfono?

Creo que lo oculté bien: el *shock*, como una bofetada, al oír la pregunta, y el intenso dolor cargado de náuseas que recorrió mis entrañas mientras sus palabras se asentaban, despacio, como un espeso betún sobre un pastel. Me quedé boquiabierta. O al menos eso pienso, pues su sonrisa se esfumó y él entrecerró los ojos como hace siempre que comienza a preocuparse.

—¿Emmie?

Y entonces lo dije. Lo dije porque sabía, al verlo frente a mí, que no podía responderle otra cosa.

—Sí.

—¿Sí? —repitió arqueando las cejas color arena y relajando los anchos hombros, aliviado.

—Sí —confirmé.

Y, antes de poder decir una palabra más, llegaron las lágrimas. Lágrimas, debo decir, que aproveché con maestría. Para Lucas, en ese momento, no fueron lágrimas de devastación, de angustia, de miedo. Fueron lágrimas de felicidad. Lágrimas de exultación, pues me alegraba por mi mejor amigo y por la trascendental decisión que había tomado; me conmovía ser parte de ello. Por eso sonrió con alivio. Por eso se levantó de la silla, rodeó la pequeña mesa iluminada por las velas, se acucilló a mi lado y me envolvió con sus fuertes brazos.

—Vamos, Em. —Se rio en mi oído—. No pierdas la compostura. La gente va a pensar que soy un imbécil que acaba de romperte el corazón durante la cena.

Qué irónico. Eso fue justo lo que sentí yo.

Y, en ese momento, la sensación cálida ascendió desde mi estómago hasta mi pecho.

—Necesito ir al baño —anuncié.

Lucas retrocedió, acucillado aún, y deseé con todas mis fuerzas que no me interrogara, que no me mirara a los ojos. De lo contrario lo sabría. Podría verlo.

—Me ha dolido un poco la cabeza desde la mañana —mentí—. Como migraña. Ya me conoces. Necesito un analgésico, mojarme la cara un poco...

Ajá. Como si fuera a arruinarme el maquillaje. Pero eso es lo que dicen en las películas, ¿cierto? Y ese momento no parecía ser parte de la vida real. Sigue sin parecerlo mientras abrazo este retrete público —que, sin embargo, luce impecable— donde yacen la cena y el vino que ordenamos, entre sonrisas y emoción, tan solo hace una hora.

Casarse. Lucas va a casarse.

En nueve meses, mi mejor amigo desde hace catorce años, el hombre de quien estoy enamorada, se casará con la mujer a quien ama. Una mujer que no soy yo. Y yo estaré de pie en el altar, a su lado, como su *padrina*.

2

Alguien toca la puerta del baño.

—*Excusez-moi? Ça va?*

Siempre he sido una vomitadora ruidosa; mis arcadas suenan como si el espíritu de un luchador profesional estuviera moliéndome a palos desde dentro. Y supongo que esta persona —la bienhechora preocupada que está al otro lado de la puerta— quiere asegurarse de que eso no es lo que ocurre mientras se lava las manos.

—Sí —grito—. Eh... estoy bien. Solo... eh... estoy enferma... *Malade*. Sí. Um. *Je suis malade*.

La mujer me pregunta algo en francés que no entiendo, pero logro captar las palabras «compañero» y «restaurante». Luego hace una pausa. Oigo sus zapatos arrastrándose sobre el piso de azulejos y la puerta cerrada que emite un ligero rechinido, como si hubiera pegado la oreja a ella.

—¿Quieres que vaya por alguien? ¿Estás bien ahí adentro?

Por su voz, la mujer parece joven. Suena preocupada pero tranquila. Una de esas manos que te tiende la vida, seguramente, como Marie. Marie es la persona que siempre se detiene a ayudar al ebrio tambaleante al que los demás temeríamos acercarnos, y le habla en tono cálido y tranquilo, sin temor, sin que por su bondadoso cerebro cruce la idea de que «el tipo podría tener un maldito cuchillo, y sería bueno poder llegar a la edad de la jubilación, así que no, gracias». Tiene mucho sentido, ¿verdad? Tiene

sentido que hayan vuelto. Tiene sentido que él se vaya a casar con ella.

—¿Hola? —dice de nuevo la mujer.

—Ah. No, no. Estoy bien —respondo con voz aguda—. Nada de qué preocuparse. Estoy bien. *Merci. Merci beaucoup.*

Ella vacila un poco.

—¿Segura?

—Sí. Gracias. Muchas gracias.

Dice algo más que no entiendo. Luego, oigo el chirrido de una bisagra y la puerta que se cierra con suavidad, con la música clásica de fondo que sale flotando de una bocina. Jalo la cadena del baño y me pongo de pie despacio. Las rodillas me cosquillean cuando la sangre vuelve a su lugar; un mechón de cabello me cuelga a la altura del mentón, húmedo. No puedo creer que haya vomitado. Tan de repente. Con tanta fuerza. Tal como hacen en *Emmerdale*, cuando se lanzan hacia la tarja de la cocina al escuchar malas noticias y se quedan un momento después mirando el desagüe. Qué dramático, qué exagerado y poco realista, pensaría, si esta fuera una escena de telenovela. Pero al parecer he pasado casi treinta años sin recibir suficientes golpes de la vida.

Tomo mi teléfono, lo desbloqueo y encuentro nuestra conversación en WhatsApp. Es un instinto que mis dedos obedecen antes de que mi cerebro pueda intervenir. Un hábito. Mi primera parada, siempre. *Lucas Moreau. Últ. vez hoy a la(s) 18:57.* Por supuesto, está desconectado. Está sentado lejos del baño, en la terraza, junto a la playa, en el quiosco rodeado de luces, frente a una silla vacía y un plato de mejillones con ajo a medio comer, esperándome. Miro nuestros últimos mensajes, de hace siete horas:

Emmie: Hay un tipo junto a mí en el ferri comiendo calamares de una ziploc. ¿Qué demonios? ¡AYUDA!

Lucas: Jajajaja. ¿En serio?

Emmie: Me voy a desmayar con el olor.

Lucas: Te estaré esperando con sales aromáticas. ¡Tú puedes, Emmie Blue! Estás hecha de buena madera.

Siempre dice eso. Es la respuesta de Lucas a todas mis dudas y miedos. Cuando tenía diecisiete años, una Navidad en que estuve sola, lo llamé desde el teléfono fijo de mi diminuto departamento, rezando por que contestara y yo pudiera escuchar la voz de alguien, y esas fueron las palabras que viajaron a través de la línea. Lo mismo pasó cuando dejé Ramsgate y me mudé a dos pueblos de distancia para escapar de las murmuraciones, empujones y miradas en los pasillos de la escuela. También hace cuatro años, cuando Adam, mi ex, me abandonó en el pequeño departamento que habíamos comenzado a rentar juntos. La última vez que me las dijo —sin contar el episodio de los calamares en la bolsa de plástico— fue hace casi dieciocho meses, cuando al fin me di por vencida y dejé de intentar mantener el departamento yo sola y mudé todo su contenido al diminuto e hipercaluroso cuarto que alquilé a una casera un poco gruñona y solitaria. «Saldrás adelante», pronosticó Lucas de su cama a la mía por FaceTime. «Estás hecha de buena madera, Emmie Blue. No lo olvides». Me preguntó qué diría ahora si no hubiera sido él quien me hizo huir al baño a la mitad de la cena. Se reiría, tal vez, y exclamaría: «Dios, Em, ¿cómo pasó esto?». Y luego: «Ya, en serio, él se lo pierde. Lo sabes. Si no es capaz de ver lo increíble que eres...».

Guardo el teléfono en mi bolsa, me lavo las manos con abundante jabón que huele como a suavizante y me recompongo frente a la hilera de espejos. Nadie podría darse cuenta. No me veo como me siento: nauseabunda y temblorosa. Con el corazón roto. Luzco tan acicalada y esplendorosa como cuando salí de la casa de los padres de Lucas, hace dos horas, salvo por una pequeña mancha de rímel corrido en el rabillo del ojo que limpio con un poco de papel. Bien. No hay forma de que él sospeche. Mucho menos en este momento.

Abro la puerta con un empujón, me detengo un segundo para dejar pasar a dos mujeres perfumadas y camino: despacio, firme y lo más erguida que puedo. El murmullo de las voces se arremolina y se mezcla con el tintineo de las copas, el roce de los cubiertos sobre los platos y las notas perdidas de la suave música de fondo. Como siempre ocurre en Le Rivage, el aire se siente denso, cargado del aroma del ajo, los limones y la sal del mar. Este es uno de mis lugares favoritos. Siempre lo ha sido. Hay recuerdos grabados en las paredes, en la madera de los tablones de la terraza. Durante trece años, interminables días de verano y caminatas sin rumbo fijo por la playa culminaron aquí. Aquellos «paseos por casas de ensueño», en los que conducíamos durante horas, Lucas recién egresado de la universidad, yo recién contratada de forma permanente en mi empleo administrativo otrora temporal, bajando la velocidad al pasar frente a enormes castillos y destartaladas cabañas de cuatrocientos años de antigüedad, señalando nuestras futuras casas, lo que les cambiaríamos y lo que conservaríamos. Por supuesto, en todas esas ocasiones, como si fuera una tradición, Lucas se extraviaba tanto en Honfleur que inevitablemente terminaba orillándose y pidiendo ayuda a algún granjero. Y era aquí, rodeados por el silbido de la parrilla de la cocina abierta y el tranquilo ir y venir de las olas, donde recargábamos energías con varias entradas, tazones de papas saladas y espolvoreadas con romero, o a veces solo cerveza. Hablábamos de todo en esos paseos y dentro de estas paredes. Pero hablábamos sobre todo del futuro, de todas las cosas que nos esperaban en los años venideros. Me pregunto si alguna vez imaginamos esto. No que Lucas fuera a casarse, sino... esto. ¿Pensamos alguna vez que esto era una posibilidad? ¿Que algo se interpondría entre nosotros y cambiaría el panorama de todo, de nosotros?

Cruzo las puertas de cristal del comedor exterior y miro a Lucas antes de que él me vea. Aquí afuera es más silencioso, con la amable seda del mar, la hermosa vista que se desvanece con la puesta de

sol, como en una película vieja. Ahí es donde están fijos los ojos de Lucas, en el horizonte púrpura; un codo sobre la mesa, se acaricia el mentón con la mano. Entonces se da vuelta y me mira; una enorme sonrisa se le dibuja en el rostro. Preocupación. La veo. Es solo un destello.

—Hola —dice—. ¿Estás bien?

Me paro detrás de la silla, aferrándome a la madera curva del respaldo. Hago una señal afirmativa y me obligo a sonreír, pero no creo poder sentarme ante esta cena a medio consumir, frente a él. Creí que podría hacerlo, pero no es así. Tengo la garganta hecha trizas. La boca me sabe a bilis. Y al verlo así, aquí, en este restaurante, con sus ojos gris azulado, con esa constelación de pecas que conozco de memoria, podría romper en llanto. Es un desastre. Aunque Lucas no lo sepa, eso es lo que ha sido esta noche: un absoluto desastre. Lo opuesto a todos los fantasiosos planes que ideé durante el viaje en el atestado ferri con olor a calamares.

—¿Te molestaría si me voy a casa?

Se pone de pie, como yo. Con una de sus manos bronceadas se alisa el frente de la camisa blanca.

—No, no. Claro que no. En serio, Em, ¿estás bien?

—Me siento mal. La verdad, creo que necesito ir a la cama. Dormir. ¡Típica migraña! —Mi risita forzada suena como una motocicleta.

—Hace tiempo que no te daba una de esas. La última vez fue en Londres, en el cine, ¿cierto? ¿Tienes tus cosas? ¿Tus pastillas?

Lo miro y siento que el corazón se me sacude como si alguien hubiera pisado de golpe el freno del mundo. Hace dos años, Lucas fue a Londres por su trabajo —una conferencia sobre arquitectura a la que su despacho en Francia lo envía una vez al año— y me encontré con él bajo el sol de julio, en la ribera sur del Támesis. En la fila para entrar al cine, las luces zigzagueantes empezaron a bailar en los extremos de mi campo visual; un segundo más tarde comenzó también el dolor sordo detrás de los ojos. Salimos de la

fila y volvimos a la habitación de Lucas, en el décimo piso del hotel, donde tomé los analgésicos como para elefante que siempre llevo en la bolsa y dormí con las cortinas bloqueando la luz del sol. Lucas trabajó en silencio, con el rostro iluminado por el destello azul de su pantalla, a mi lado. Cuando desperté, unas horas más tarde, me preparó un baño y desde el otro lado de la puerta me gritó las preguntas del programa de concursos que veía por la tele, y yo le dije las respuestas de la misma manera. Después, con una charola del servicio a la habitación entre los dos, sin otra luz que la de la televisión, le confesé, ahí, en esa cama, mientras mirábamos programas de concursos de los años noventa, que me sentía más cerca que nunca del «hogar» que había buscado toda mi vida. Y él lo recuerda. Recuerda esa noche, como yo —como tantas veces que estuvimos juntos— y, a pesar de todo, aquí estamos.

—Dejé las pastillas en casa —explico—. Creo que solo necesito descansar.

Lucas asiente; entrecierra los ojos, preocupado.

—Voy a pedir la cuenta. Ah... —Le toca con suavidad el brazo a un mesero que camina junto a la mesa; se disculpa; pregunta si puede pagar. En francés, por supuesto. Un francés perfecto que pasó una eternidad intentando enseñarme, entre risas, mientras yo pronunciaba el idioma, en sus propias palabras, «como si Deirdre Barlow estuviera ebria y perdida en Marsella». Con el paso de los años, he aprendido solo lo básico. Nada más se me pegó.

—Luke, puedo pedir un taxi.

Sus cejas se tuercen como si hubiera sugerido algo impensable.

—¿Es broma? No seas boba. Vamos a casa. Tenemos todo el fin de semana.

—Pero... Marie —digo—. Di... Dijiste que la veríamos después del postre, para celebrar.

—No importa, Em. Puedo llamarla.

Traen la cuenta. Lucas extiende un fajo de billetes y le dice al mesero que se quede con el cambio. Durante doce años nos hemos

turnado para pagar nuestra cena de cumpleaños, y hoy le toca a Lucas. Ignoro la pequeña y triste voz que sugiere que mi turno (con una boda, una esposa y un corazón roto en el panorama) podría no llegar.

—Bien. —Lucas se pone el saco azul marino y se endereza las solapas—. ¿Lista para irnos?

Asiento. Con las cejas alzadas y una pequeña sonrisa en los labios, Lucas me tiende una mano. El corazón se me vuelve a ir al suelo; le tomo la mano porque... ¿qué mas puedo hacer? Lo amo. Acepté ser su padrina porque lo amo. Mi mejor amigo. Quien alguna vez fuera mi único amigo. El chico que encontró mi globo hace catorce años y, contra todo pronóstico, pese a tormentas y kilómetros y kilómetros de mar, dio conmigo.

3

Rosie: Así es como pasó, ¿cierto? Así (me cuentan) es como los franceses te piden que andes con ellos.

Rosie: Sí. Dije «andar». ¿Algún problema?

Rosie: PD: ¡Espero que todo haya salido perfecto!

Rosie: PPD: ¿Ya están en la cama?

Levanto el teléfono por encima de mi cara hinchada y con los ojos irritados y entrecerrados miro la pantalla. Rosie me envió una foto junto con cuatro mensajes de WhatsApp y, a pesar de mí misma y de todo lo que estoy sintiendo, me río. En la imagen, Rosie está de pie sobre las asépticas losetas blancas del piso de la cocina del hotel, con las manos sobre la boca, fingiendo sorpresa, y Fox, nuestro jefe y amigo más respingado, está frente a ella, hincado, presentándole un croissant como si fuera un anillo de compromiso. Es irónico: se parece bastante a la realidad. Lucas le pidió matrimonio a Marie en el desayuno; en la cama, al parecer. «Con un anillo encima de diecisiete panecillos», dijo entre risas.

Bloqueo el teléfono. No puedo responder todavía. Lo haré mañana o les explicaré cuando los vea el martes que vuelva al trabajo. Para entonces habré encontrado el sentido de todo esto, el significado. Porque todo sucede por algo, ¿no es verdad? Incluso si en un principio parece no haber esperanza, si parece estar mal, si parece un estúpido desastre. Ese es el progreso que he

hecho en tres horas, desde que dejé el restaurante y comencé a intentar salir desesperadamente de la arena movediza en la que siento que me hundo: «Debe haber una razón detrás de esto. Solo que no puedo verla aún».

El trayecto en auto del restaurante a la casa de los padres de Lucas en Le Touquet pareció tomar más tiempo de lo habitual. Lucas conversó en tono casual todo el camino, mientras yo asentía y emitía los sonidos correctos; los familiares campos rebosantes de follaje y los pueblitos franceses de calles adoquinadas desfilaban por la ventana. Caminó a mi lado desde la cochera de la casa cubierta de enredaderas y por el portón lateral, hasta la puerta corrediza del anexo. La abrí a toda prisa, reprimiendo las lágrimas que llevaba todo el camino batallando por mantener a raya. La llave que Amanda, la mamá de Lucas, me entrega siempre en un sobre tamaño oficio al llegar —como si me hospedara en un Bed & Breakfast— se sentía pegajosa en mis manos. Lucas quería entrar. Lo supe al verlo parado en el umbral, los hombros rígidos, un pie adentro, mirando por encima de mi hombro hacia la pequeña cocineta. Pensaba entrar conmigo, como suele hacer: lanzarse sobre la cama, aventar sus zapatos y recorrer los canales de la televisión, escuchándome mientras me pongo la pijama en el baño y le cuento las novedades de los extraños clientes del hotel, con la puerta entrecerrada. Sin embargo, le agradecí la cena, me disculpé por haberla interrumpido de forma abrupta y dije alguna cosa más sobre la migraña.

—Descansa, Em —dijo—. Y llámame si me necesitas, ¿de acuerdo? Estoy aquí en la casa, arriba. Puedo ser tu *room service*.

—Estaré bien.

—Hablo en serio —aclaró. Luego se inclinó hacia delante y puso su cálida mejilla junto a la mía—. Feliz último día de tener veintinueve. Llevamos años esperando despertar, tener treinta años y saber exactamente lo que hacemos con nuestra vida, ¿no es cierto?

—Claro —contesté con una enorme sonrisa.

Acto seguido, cerré la puerta, le di la espalda y rompí en un llanto caliente y salado en medio de la vacía oscuridad. Eso es todo lo que he estado haciendo. Llorar. Es lo que hago ahora, envuelta en este pesado edredón de plumas, con las mejillas ardiéndome, los ojos hinchados y rodeada de una montaña de pañuelos arrugados que se ha formado al cabo de varias horas sonándome la nariz.

Padrina. Padrina. ¿Qué demonios es una padrina? Padrino, claro. Madrina, dama de honor, sin duda. Pero ¿padrina? Una «obviedad», la llamó Lucas, sonrojado, durante el medianamente inconexo preámbulo a la pregunta.

—Porque nadie, en serio, nadie me conoce como tú, Emmie. No podría ser nadie más.

Ugh. Y yo que estaba tan preparada, tan segura... que incluso tenía lista la maldita respuesta.

—Nos vamos a casar, Em. —Se veía radiante mientras hablaba—. Marie y yo. Y... y me encantaría que fueras mi padrina. Más que cualquier otra cosa en el mundo. Tú. Ahí. Conmigo. ¿Qué dices?

«Tú. Ahí. Conmigo». Me estremezco con tal fuerza que los dientes me castañean. Jalo el edredón por encima de mi cabeza. Vómito. Sollozos incontrolables. Facciones inflamadas. Y, ahora, temblores. Nadie te advierte sobre estas cosas en las canciones de amor, ¿o sí? Dr. Hook nunca cantó sobre esto. No hay páginas de internet del Servicio Nacional de Salud para el corazón roto, como sí las hay para el herpes o las infecciones en las vías urinarias; sin embargo, debería haberlas.

Cuándo buscar ayuda médica:

- *Cuando has llorado tanto que los ojos se te ponen tan pequeños y bulbosos que desaparecen en tu rostro.*
- *Cuando las lágrimas son tan persistentes que tu voz se asemeja a la de Barry White.*

- *Cuando los indicios de locura son evidentes. Por ejemplo, si aceptas ser la padrina de la persona que provocó los síntomas antes referidos.*

Del otro lado del edredón, el aire acondicionado ruge en la pared, como una tetera hirviendo, y la pegajosa ola cálida del verano estalla en el exterior. En comparación, mi húmeda habitación en casa, en Fishers Way, es como un hornito. Es tan calurosa que, una vez que la temperatura rebasa los veintitrés grados, me voy a la cama, convencida de que mi casera me encontrará a la mañana siguiente encogida y arrugada, como una ciruela pasa en pijama. No hay riesgo de que eso ocurra aquí, con los Moreau. Así que, supongo, al menos tengo eso. Aun en los momentos más oscuros, siempre es importante enfocarse en lo positivo, sin importar qué tan pequeño sea. Sin importar cuán poco sea.

Me quito el edredón de encima y me siento en la cama. Me llevo la palma de la mano a la frente, la cual, irónicamente, comienza a pulsarme con los indicios de una jaqueca de verdad, y enciendo la lámpara. En el ferri calculé, contando con los dedos, que he pasado trece cumpleaños —nuestros cumpleaños— aquí, en el jardín de los Moreau. El primero fue cuando Lucas y yo cumplimos diecisiete. El 9 de junio de 2005. Fue la primera vez que me quedé aquí y apenas la segunda vez que nos veíamos, pero los padres de Lucas me trataron como a alguien de la familia que los había visitado miles de veces. «Lucas no hace más que hablar de ti», me confió Jean mientras me mostraba el anexo. Luego alzó los hombros hasta las orejas, con un gesto casi de derrota, como si dijera: «Si eres importante para nuestro hijo, lo eres para nosotros». Ese fin de semana, los padres de Lucas compraron un pastel de cumpleaños para cada uno y nos llevaron a cenar a Le Rivage —apenas inaugurado por entonces—, el cual olía a pintura fresca y madera recién cortada. Fue una de mis primeras visitas a un res-

taurante, aunque me daba demasiada vergüenza admitirlo frente a ellos. Al día siguiente, Lucas, su hermano mayor Eliot y yo fuimos a un concierto con un grupo de sus amigos. Y aunque no bailé un solo segundo, fue una de las mejores noches de mi vida. No por lo divertida, sino por cómo me veían todos: como uno de ellos. Una chica normal de diecisiete años, con el mundo a sus pies. No era «esa chica de Fortescue Lane». Solo Emmie Blue, con un coctel en la mano, pasándola bien antes de por fin escapar del infierno de su escuela y empezar la universidad. Y mañana, en nuestro decimocuarto cumpleaños juntos, tendremos treinta. Treinta años. La edad que he tenido en la mira a lo largo de los años, como un premio lejano, como un refugio, una cálida luz en la oscuridad del horizonte. Porque todo el mundo tiene su vida bajo control a los treinta, ¿cierto? A los treinta eres un adulto —hecho y derecho— y sabes quién eres. O, cuando menos, sabes adónde vas, aunque no hayas llegado todavía.

Me estiro y acerco mi maleta a la cama. La abro. Todo sigue bien doblado, como lo guardé anoche, con la emoción en el vientre, imaginando qué pasaría después de que me lo pidiera: cuando la Chica Globo mirara al otro lado de la mesa, en la playa que los reunió por primera vez, y le dijera «sí» al Chico Globo, tras catorce años de aquel primer encuentro.

Tomo la caja negra que yace entre mi ropa y retiro la tapa.

—Entonces, momento, ¿en serio Lucas dijo que estarían... pues... juntos? ¿En Año Nuevo? —había preguntado Rosie en el trabajo.

Así es como ella y yo llegamos a conocernos en los últimos dos años: historias resumidas, anécdotas, preocupaciones, sueños, esperanzas y recuerdos en pequeñas y digeribles cápsulas durante nuestros almuerzos de media hora.

—Sí, dijo que tuvo una pésima noche y llegó un poco después de las doce, hora de Francia, y yo ya estaba en casa, en mi habitación, viendo a Jools Holland. Así que hablamos por FaceTime, desde la cama.

Rosie me miró, con los ojos abiertos como platos y una sonrisa en el rostro.

—Supersexy. ¿Y dijiste que uno de tus propósitos de Año Nuevo era conocer a alguien?

—Enamorarme —precisé.

Rosie parpadeó una y otra vez.

—Dime otra vez qué fue lo que contestó Lucas.

—Me llamó audaz —narré, entre risas—. Dijo: «Carajo, Em, eso es audaz». Y luego comenzó a quedarse medio dormido porque se había tomado un millón de whisky sours, pero me... me preguntó si alguna vez me había puesto a pensar por qué estamos tan perdidos en lo que respecta al amor. Porque tenía una teoría. Se trataba de nosotros. Lo más probable es que nosotros dos este-mos destinados a estar juntos.

Rosie emitió un chillido y me tomó de las muñecas.

—Ay, Dios, Emmie. Te lo va a pedir. Lo sabes, ¿verdad? —exclamó—. Por eso dijo que no podía preguntártelo por teléfono, para que no te asustes y cuelgues o algo así. Es hermoso, ¿no crees? O sea, en serio. Después de tantos años...

Ahora, miro la caja de regalo abierta que está sobre la cama, frente a mí. La libreta de cuero que compré hace unas semanas, con sus iniciales grabadas en la pasta y en la orilla superior de cada página, dejó de parecerme suficiente después de esa conversación con Rosie. Tenía razón. Aquello era hermoso... o lo habría sido. Dos personas que se encontraron contra todo pronóstico, justo cuando más se necesitaban. La misma edad, el mismo día de nacimiento, la misma obsesión por el Marmite con pan tostado y el programa *Esposas de futbolistas*. Casualidad, dirían algunos, pero a mí no me lo parecía. Y quería conmemorar la ocasión con algo más que un «lindo» regalo. Fue entonces cuando decidí comprar la caja que ahora tengo enfrente, y en la cocina del trabajo, sobre una servilleta, comencé a hacer una lista de las cosas importantes que debía contener. Saco un sobre de la caja; en su interior

está el primer correo electrónico que Lucas me envió, cuando éramos desconocidos. «Asunto: ¡Encontré tu globo!». Tomo también el frasco de Marmite, pesado como un pisapapeles. Lo acabo de comprar, pero es exactamente como el que le envié a Lucas (la primera cosa que le mandé, junto con una grabación de mi prueba oral de francés, para que la oyera y me corrigiera antes de que yo se la entregara a mi maestra). Le remití el Marmite porque me confesó que, además de *EastEnders* y el puré de chícharos de los puestos de fish and chips, eso era lo que más extrañaba de casa, la cual, antes de mudarse a Francia, estaba en el norte de Londres. En ese punto comenzaron a llegar los CD. Envío el primero a cambio del frasco de Marmite, un pequeño agradecimiento que se convirtió en ritual, un lenguaje secreto de los dos. Yo le hacía llegar algo de casa y, en respuesta, él me enviaba un CD, cada uno una carta en sí mismo. Ocho en total. Aún me debe el noveno. Es el último objeto de la caja: el primer CD. Y, aunque la caja de plástico está cuarteada y la tarjeta en su interior un poco doblada, el disco sigue siendo perfecto. La tinta azul marino sigue sin correrse; la letra de Lucas, toda en mayúsculas, recta, trazada con calma, con seguridad, despacio. No escribe así ahora; su escritura actual es desigual y frenética, como él cuando siente que hay algo más grande y mejor por delante.

No puedo. No puedo darle estas cosas mañana —nuestra historia contada por objetos, la historia de cómo llegamos aquí, a este momento—, en la espectacular mesa de desayuno que suelen poner en el patio Amanda y Jean Moreau. Así que guardo todo menos el CD en mi maleta y reemplazo la caja de regalo por el único objeto benigno y amistoso que tengo: la libreta. La dejo sobre la mesa de noche, lista para la mañana, y me acurruco en la cama.

Mi teléfono se enciende con una notificación de alguna noticia de fútbol que me gustaría saber cómo desactivar. Veo la hora: 00:33. Bueno, ya está: oficialmente tengo treinta años. Tengo treinta años

y es bastante acertado decir que, en este momento, no tengo idea de adónde voy.

Cierro los ojos, me abrazo las rodillas. Jamás creí que pasaría así mi trigésimo cumpleaños. Sintiéndome diminuta. Patética. Insignificante. Porque sé, muy en el fondo, que sí estoy hecha de buena madera. O, cuando menos, estoy reconstruida con buena madera, como estamos todos, con el paso de los años, con la edad y la experiencia; la piel se hace más gruesa y, aunque el corazón se hace más suave, se parcha y se refuerza en los lugares donde corre riesgo de romperse. La suma de todo aquello que nos ha lastimado, aterraído, resguardado y deleitado.

Y eso es lo que Lucas representa para mí, supongo. Deleite, sí, por supuesto. Pero también refugio. Seguridad. Después de aquel baile de verano, a los dieciséis años, con cada suceso doloroso creé una nueva Emmeline, una nueva Emmie. Sin embargo, desde aquel primer correo, fue él quien me ayudó a hacerlo. Me apoyó en cada decisión; celebró cada pequeño avance como si hubiera sido un enorme salto hacia el frente.

Las lágrimas comienzan a punzarme los párpados. Ahora sé, con la certeza que solo se tiene cuando el corazón se apodera de las decisiones, que debo apoyarlo. Sé que he de celebrar el paso que Lucas está por dar —ese gigantesco salto hacia delante—, sin importar cuánto me duela. Se lo debo. Eso es lo que hace una mejor amiga, una padrina.

Sostengo el CD en mis manos. La lista de canciones es lo último que veo antes de que se me cierren los ojos y me quede dormida.

Mix cd vol. 1

Querida Chica Globo:

Canción 1. Porque te fue increíble en tu examen oral de francés.

Canción 2. Porque tus gustos en materia de *boy bands* necesitan mejorar con urgencia.

Canción 3. Porque te apellidas Blue.

Canción 4. Porque lo único que comes son huevos fritos y papas.

Canción 5. Porque siempre me tendrás contigo.

Chico Globo

x